

Selección RNR

Violeta Lago

MEDIAS
VERDADES



Romance Actual

Medias verdades

Violeta Lago

*A mis dos tesoros, Alba y Daniel,
que siempre serán lo más importante de mi vida.*

PRÓLOGO

«Dos páginas más y termino», pensó Kate sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador, mientras se masajeaba las sienes. Tenía un terrible dolor de cabeza. Sentía náuseas, y una persistente sensación de tirantez en la parte baja del abdomen llevaba molestándola largo rato. Los tres primeros meses de embarazo casi no habían hecho mella en su cuerpo. Apenas se le notaba la prominencia del vientre y lo único perceptible a la vista era un ligero aumento del tamaño de los senos, que algunas compañeras confundían con una reciente mamoplastia. ¡Si ellas supieran! En seis meses tendría en brazos a su *gordito*. Un pequeño bebé llorón, que sería suyo y de Matt. Si era niño se llamaría Matthew, como su padre. Y si era niña, Audrey, como su bisabuela paterna.

Kate pensó en su madre. «Tengo que llamarla para contárselo», se dijo. «No. Mejor se lo diré cuando vengan la próxima semana a pasar unos días con nosotros. Le va a encantar ser abuela».

Estaba a punto de terminar el informe. Solo una página más y se podría marchar. Había quedado con Matt en que iría a comprar cosas para el bebé al salir de trabajar, pero se encontraba muy fatigada; por eso había decidido volver a casa sin pasar por el centro comercial. Aún tenían tiempo de sobra para hacerse con todo el ajuar infantil. Otro día se

acercarían los dos, y entonces elegirían juntos la cuna, el carrito de paseo, la silla para el coche... y comprarían esos patucos blancos tan bonitos que vieron en el escaparate de *Baby's Dreams*.

«Bien. ¡Acabé!», pensó Kate, mientras guardaba el documento y cerraba el ordenador.

Recogió su mesa, agarró el bolso y la chaqueta, y se dirigió al despacho de Stephen, su inmediato superior. Cuando estuvo frente a la puerta, tocó con los nudillos y acto seguido la entreabrió para no molestar.

—Steve, ¿puedo irme hoy un poco antes? Me duele muchísimo la cabeza.

—¿Has terminado con eso? —le preguntó él.

—Está todo el informe mecanografiado. Mañana vendré más temprano para revisarlo, pero ahora mismo me encuentro realmente mal —contestó Kate.

—Anda, vete y descansa. Te veo mañana.

—Gracias. Te debo una. Hasta mañana.

Recogió su Volkswagen Beetle blanco del aparcamiento y tomó rumbo hacia la autopista en dirección a su casa.

Conducía de forma mecánica, puesto que se sabía el camino de memoria, al tiempo que pensaba en Matt. A él le hacía ilusión ser padre. Ciertamente es que le quitaría tiempo de trabajo, porque parte de la mañana tendría que dedicársela al bebé. Pero cuando el niño estuviera dormido, podría seguir pintando sus cuadros. Solo tenían que asegurarse de comprar un intercomunicador con suficiente alcance para que llegase hasta el estudio de pintura situado en el jardín.

Estacionó el coche en la puerta del garaje a sabiendas de que Matt estaría en casa. Esa misma mañana le había dicho que no la acompañaría en las compras porque tenía que terminar varias pinturas para una exposición en una galería de arte en Jersey.

Cogió sus cosas del Beetle, abrió la verja del jardín y se dirigió directamente hacia el estudio. Al llegar, encontró las persianas bajadas y la puerta cerrada. En seguida se preo-

cupó. ¿Y si estaba enfermo? Ella tampoco se encontraba bien, así que imaginó que quizá habían comido algo en mal estado la noche anterior. Entró por la parte trasera de la casa, dejó el bolso en la encimera de la isleta central de la cocina, y se fue hacia el dormitorio que compartían.

Al doblar la esquina del pasillo le pareció oír voces. «Puede que se haya tumbado para descansar y se habrá dejado la radio encendida antes de quedarse dormido».

Se acercó a la puerta y la abrió con sumo cuidado para no despertarle.

El espectáculo que presenció hizo que se quedase petrificada, con la mano aún en el pomo y los ojos abiertos como platos.

Efectivamente, Matt estaba en la cama. Pero no solo. A su lado, o mejor dicho, sentada a horcajadas encima de él, y ambos desnudos, había una pelirroja que no cesaba de moverse y de gemir. Y los sonidos emitidos por Matt tampoco eran precisamente de desagrado.

Las llaves de casa, que aún sujetaba, se le cayeron de la mano, provocando un pequeño estruendo al chocar contra el suelo, lo que hizo que la pelirroja girase la cabeza y Matt se incorporase.

—¡Kate! —gritó Matt, sorprendido—. ¿Qué demonios haces aquí? ¿No se supone que tenías que ir a comprar cosas para el bebé? —añadió mientras se zafaba de la pelirroja e intentaba levantarse de la cama.

La mujer que había con él se tumbó, tapándose los senos con la sábana, a la vez que mostraba en sus labios una malvada sonrisa de satisfacción.

Kate, confusa, soltó la puerta, se agachó a recoger las llaves y volvió sobre sus pasos hacia el salón. Matt salió tras ella mascullando blasfemias, al tiempo que se iba poniendo los pantalones por el pasillo.

—Kate, escucha. Esto no es lo que parece. Es una amiga que ha tenido un mal día y...

Ella se volvió, echando fuego por los ojos.

—¿Un mal día? —le replicó furiosa—. Matt, te voy a explicar lo que es un mal día. Un mal día es aquel en el que yo trabajo durante catorce horas seguidas para poder pagar las facturas de esta casa y que tú puedas seguir jugando con tus pinceles. Un mal día es cuando me he pasado la noche entera vomitando por un embarazo que ya no sé si deseas realmente, mientras tú ni siquiera has cambiado de postura en la cama. Un mal día es ese en el que vuelves a casa con la intención de dar una sorpresa a tu pareja, te lo encuentras metido en la cama echando un polvo con una puta de pelo rojo, y te das cuenta de que no sabes cuánto tiempo se lleva repitiendo esa situación. ¡Eso es un mal día! —No bien terminó de decirle todo se sentó en el sofá y se abrazó a uno de los cojines granates con forma de caramelo, dándole rabiosos golpes con el puño.

—Estás siendo injusta, Kate —contestó él—. Yo soy quien se pasa aquí todo el tiempo encerrado mientras tú andas con comidas, cenas de trabajo y viajes comerciales —le reprochó, alzando cada vez más el tono de voz—. Nunca tienes en cuenta mi opinión. No puedo hacer nada en esta casa sin contar con tu aprobación.

—¡Es mi casa! —bramó ella airada—. Era mi casa antes de que tú te mudases aquí porque no tenías dónde caerte muerto, y sigue siendo *mi* casa. Además, siempre he tenido en cuenta tu opinión. Si no fuera así, no tendrías un estudio en el jardín donde debería ir un cenador, ni una habitación exclusivamente para guardar tus obras acabadas que, por cierto, cada vez son más escasas y feas, aunque acabo de descubrir la razón.

El tono de voz de ambos se iba elevando cada vez más y más, y el ambiente empezaba a caldearse en exceso.

—¿Y yo qué? —protestó Matt—. Nunca he sido importante para ti, nunca has tenido en cuenta ni mis sentimientos ni mis necesidades. Sí. Estaba con otra mujer... ¡porque contigo echar un polvo es como estar con una barra de hielo! Eres fría en la cama, nunca te apetece tener sexo. Yo soy

un hombre y tengo unas necesidades físicas que tú no cubres en absoluto.

Kate estaba perpleja. Se encontraba allí sentada, escuchando esas acusaciones, cuando pensaba que todo en su vida era maravilloso. Entonces estalló, se levantó del sofá y se dirigió de manera impetuosa hacia él.

—Vete a tomar por culo, Matt. Coge a tu puta y tus cosas y vete de aquí. No quiero volver a verte. Eres un jodido muerto de hambre y seguirás siéndolo toda la vida. ¿Y tú te consideras un artista? Si no eres capaz siquiera de expresar tus sentimientos con las personas, mucho menos lo harás sobre un lienzo. Eres una mierda de pintor, una mierda de hombre y...

En ese momento, la mano de Matt estalló sobre su cara y le propinó una sonora bofetada. Aquello la dejó muda de la impresión. Se cubrió la mejilla donde había recibido el golpe y dio un paso atrás mirándole estupefacta.

—Kate... —susurró Matt—. Lo... lo siento, cariño. No quería hacerte esto. Yo... Estaba enfadado por lo que has dicho y he perdido los nervios. Mi vida, yo... —seguía diciendo mientras se acercaba despacio a ella e intentaba cogerle la mano que tenía puesta en el rostro.

—No. No te acerques siquiera. Vete, Matt. Vete —siseó fríamente al tiempo que retrocedía para evitar su contacto—. No quiero verte jamás. Recoge tus cosas y lárgate. Me voy a dar un paseo, pero volveré en una hora. Cuando regrese no quiero que estés aquí, y no me apetecería encontrar rastro de que has vivido a mi costa en esta casa durante todo este tiempo.

—Pero, Kate... ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué va a ser de nuestro hijo? —preguntó Matt mientras mostraba una fingida inocencia.

—Mi hijo, Matt. A partir de este instante, mi hijo no tiene padre ni lo tendrá nunca —le replicó dándose la vuelta.

—¡Esto no va a acabar así! —rugió al verla salir por la puerta—. ¡Nadie me pone de patitas en la calle! ¿Me oyes?

¡Nadie!

Kate escuchaba sus gritos de fondo, de camino hacia el coche. Abrió la puerta, se metió dentro y cerró dando un portazo. Puso la llave en el contacto y arrancó. El dolor de cabeza que arrastraba durante toda la mañana se hizo más intenso, mientras reprimía sus ganas de llorar, no sabía si de pena o de rabia.

Se incorporó a la autovía en dirección al centro, sin dejar de darle vueltas a la cabeza, mientras se anegaban sus ojos. ¿Cómo había podido pasar eso? Sus pensamientos estaban muy confusos. Eran felices, ella le daba todo a Matt. Trabajaba muchas horas para que él pudiera seguir pintando y se hiciera un nombre en el mundo del arte. Le mantenía en su casa sin obligarle a compartir los gastos, pagaba sus viajes, su ropa, sus materiales... y él le devolvía todas esas atenciones acostándose con otra mujer. Le había dicho que era «fría en la cama», cuando ella estaba siempre a su entera disposición, aunque no tuviese ganas. Todo por retenerle a su lado porque le amaba.

«¿Le amaba realmente?». Kate no cesaba de hacerse esa pregunta en su interior. «¿Le había amado alguna vez? ¿O estaba con él por la necesidad de sentirse acompañada?».

Las lágrimas le producían una visión cada vez más borrosa y quitó una mano del volante para limpiarlas.

No lo vio venir. De manera inconsciente, el coche se la dejó hacia la izquierda y aquel todoterreno gris se le echó encima. Cuando quiso reaccionar ya era tarde. El otro vehículo había golpeado al Beetle en la parte trasera y ella se estaba saliendo de la calzada.

Al estrellarse contra el quitamiedos y empezar a girar dentro del habitáculo, sus pensamientos se dirigieron al bebé que estaba esperando.

«¡Mi gordito!», se lamentó apenada. «No sé si llegarás a ver el mundo...».

Y en ese momento todo se volvió oscuridad y silencio

para Kate.

CAPITULO 1

Seis años más tarde

Kate asomó la cabeza por la puerta de la cocina. El aroma de la tierra mojada impregnó sus fosas nasales, que se expandieron para permitir la entrada de una mayor cantidad de aire. Había llovido durante casi toda la mañana pero, a pesar de que las nubes grises aún cubrían el cielo, finalmente el aguacero había dado una tregua y se podía estar en el exterior.

—Ben, cariño, entra en casa. Es la hora de comer.

El pequeño, que estaba sentado en la mesa de jardín del porche trasero entretenido con sus lápices de colores, levantó la cabeza y la giró hacia el punto de donde provenía el sonido.

—Mami, ¿puedo terminar de pintar a Bob Esponja?

—¿Qué tal si comemos primero, y después terminas con Bob y pintas también al Señor Cangrejo? —sugirió Kate.

Ben abrió los ojos como platos y obsequió a su madre con una resplandeciente sonrisa.

—¿Podré pintar también al Señor Cangrejo? ¡Bien! —Se levantó de la mesa, subió corriendo los cinco escalones y entró como una tromba en la cocina pasando por debajo del brazo de Kate, que se encontraba apoyado en el marco de la puerta.

Kate sonrió. «Menudo terremoto», pensó. Ben se había dejado las pinturas y las láminas en el porche. Si se levantaba un poco de viento, los dibujos volarían hasta el jardín de la señora Rogers y *Rufo* se los comería. Con un gesto de resignación, bajó a recoger todas las cosas que el niño había dejado en la mesa de jardín, las puso en la leñera y volvió a entrar en la casa.

Ben estaba sentado en la mesa del pequeño *office* que usaban para comer, colocando sus cubiertos equidistantes del plato, perfectamente alineados. Desde muy pequeño había tenido esa costumbre: situaba todos los utensilios alargados en formación, a la misma distancia unos de otros. Kate reparó en ese momento en que había hecho lo mismo con las pinturas que había recogido de la mesa del porche. Suspiró, mientras pensaba que tendría que comentar esa pequeña manía a los educadores del nuevo centro escolar al que Ben se incorporaba al día siguiente.

Sacó del horno la fuente de macarrones con queso — gracias a Dios, Ben no había decidido aún ordenarlos— y se acercó a servir la comida, mientras daba vueltas en la cabeza al tema del cambio de colegio. Deseaba con todas sus fuerzas que fuera beneficioso para su hijo. En la última escuela infantil a la que había ido, el equipo psicológico del centro le *sugirió* de forma sutil que cambiase al niño de centro. «Su hijo tiene necesidades educativas especiales», le habían dicho. «No sabemos exactamente qué le ocurre, pero no es un niño normal. Presenta problemas de adaptación con el entorno y no se relaciona con el resto de los compañeros». Kate había querido escuchar una segunda opinión, así que consultó a otros psicólogos. Todos le dijeron lo mismo. «Desconocemos en concreto qué es lo que tiene, pero presenta un trastorno psicomotriz y cierto retraso evolutivo en las habilidades sociales». Finalmente, la doctora Anderson le había recomendado la escuela Lowell, en la que tenían una sección dedicada a niños con necesidades educativas especiales. «Le irá bien. Si algún centro

puede sacar todo lo bueno de Benjamin, decididamente es la Escuela Elemental Lowell». Ella misma le había dado a Kate una carta de recomendación, con la que se presentó allí, así que no tuvo ningún problema para conseguir una de las escasas plazas que quedaban libres.

Por fortuna, el nuevo colegio se encontraba muy próximo a su trabajo. Estaba más tranquila teniendo al niño cerca de ella.

Kate había sabido desde siempre que Ben era un niño especial. No se comportaba como los demás. Era tímido e introvertido. Había tardado más de lo normal en empezar a hablar y comunicarse. No le gustaban los extraños; ni siquiera los conocidos que no fueran personas muy habituales en su entorno. Cuando algún desconocido se acercaba, tendía a esconderse entre las piernas de Kate, bajar la cabeza y negarse a emitir sonido alguno. Sin embargo, en la relación con ella siempre se había mostrado cariñoso y dicharachero, utilizando un lenguaje tan rico y elaborado que podría sorprender a cualquier adulto.

Para ella, Ben era simplemente un niño distinto a los demás, pero jamás pensó que se tratara de un retraso en su desarrollo. Habían pasado ya tres meses desde que tomó la decisión de cambiarle de colegio tras las opiniones recibidas, y se sentía cada vez más responsable. Sin tener un diagnóstico exacto y sin saber la causa del retraso, se culpaba a sí misma por ello, debido a los acontecimientos que rodearon tanto el embarazo como el parto.

Aquel terrible accidente de coche y las dos semanas que pasó en coma pudieron haber afectado al feto. No perdió al bebé pero, indudablemente, su desarrollo desde ese momento fue mucho más lento. Cuando nació, tras un parto largo y complicado en el que estuvieron a punto de hacerle una cesárea porque no le llegaba suficiente oxígeno al niño, era una criatura diminuta. Al verlo tan pequeño, tan delgado y tan indefenso, no pudo evitar echarse a llorar, y se prometió a sí misma que siempre protegería a

ese pedacito de su ser; que daría la vida por él si fuera necesario.

Cuando lo tuvo en sus brazos y la matrona le preguntó por el nombre que pensaba ponerle, respondió sin dudarle un segundo: «Benjamin». Un nombre acorde con su pequeño tamaño. Desde ese momento, el pequeño Ben se convirtió en el centro de su vida. Todo giraba en torno a él.

Durante una temporada había vivido con sus padres, porque no soportaba la idea de vivir de nuevo en la casa que había compartido con Matt, pero llegó un punto en el que no pudo aguantarlo más. El comportamiento de su madre era un reproche constante hacia ella por haber continuado adelante con el embarazo después de todo lo sucedido. Si el pequeño lloraba, molestaba. Si comía mucho, suponía un gasto extra. Si no comía, era un desagradecido. Por cualquier cosa que hacía Ben, Kate recibía algún tipo de queja.

Un día, cuando Ben tenía tres años y estaba jugando en el jardín, su pelota fue a parar al centro del macizo de azaleas de su madre. El niño no dudó ni un instante en recuperar su juguete favorito, pero su torpeza y la mala suerte hicieron que trastabillara con el bordillo que rodeaba la zona de las flores y que cayera sobre las mismas. La madre de Kate lo vio por la ventana de la cocina, salió hecha una furia y arremetió contra Ben, mientras le zarandeaba cogido de los brazos. Cuando Kate volvió a casa por la tarde, después de una larga jornada de trabajo y observó los moretones que el niño tenía en los antebrazos, pidió explicaciones. Su madre se mostró reacia a decirle lo que había ocurrido, pero finalmente confesó lo sucedido. Entonces Kate tomó una decisión. Se iría de allí. Lejos. Donde nadie la conociera, donde pudiera ser una extraña y no recibiera miradas que la hicieran sentir culpable por tener un hijo en sus circunstancias.

Dejó el trabajo en la consultoría, vendió su maravillosa casa de Brooklyn por una pequeña fortuna y se mudó a

Seattle con la intención de empezar de nuevo. Las primeras semanas se alojó en un pequeño hostel, buscó un empleo de jornada reducida que le permitiera cuidar de Ben por las tardes, y anunció en internet sus servicios como traductora para poder sacar un sueldo extra trabajando desde casa.

Llevaba dos años como camarera en el *Bauhaus Books & Coffee*, entrando a las nueve de la mañana y saliendo a las tres de la tarde. Se había organizado perfectamente para dejar a Ben en el colegio antes de entrar a trabajar y recogerlo cuando terminaba su jornada laboral. El nuevo centro le permitiría dejar al niño diez minutos antes de la hora de entrada, como había sucedido en la escuela anterior. Así no tendría que hablar con Estela para modificar su turno.

Ensimismada como estaba en sus pensamientos, no se percató de que el pequeño la miraba fijamente, sentado en la mesa, como si estuviera intentando leer su mente. Su voz la devolvió a la realidad.

—Mami, ¿podemos comer ya? Tengo hambre.

—Claro, cariño. —Se sentó y cogió el tenedor. Ben hizo lo mismo, imitando a su madre en todos sus movimientos —. ¿A qué estabas esperando?

—Siempre me dices que es de mala educación empezar a comer si no está todo el mundo sentado en la mesa, y tú estabas de pie.

—Muy bien, Ben. Has recordado lo que te enseñé.

El niño sonrió, mostrando una perfecta hilera de dientes de leche, y atacó su plato de macarrones con queso.

Kate le miró y no pudo evitar que la ternura la invadiese por completo. Ese pequeño terremoto de pelo castaño claro y ojos verdes había conquistado su corazón desde el instante en que lo vio por primera vez, hacía ya más de cinco años. Desde ese día se había transformado en el centro de su mundo; Kate no había consentido que ningún hombre se acercase lo suficiente como para permitirle distraer su atención de Ben, y así seguiría siendo siempre.

Suspiró y se dispuso a comer, con el oculto deseo de